

VI

En el otoño de 1982, volví a irme de expedición a Nepal, para realizar un intento invernal de la arista oeste del Everest con, entre otros, Louis Audoubert y Michel Metzger. Lo había previsto todo para estar de regreso antes del nacimiento de nuestro tercer hijo. La ecografía, entonces una técnica reciente, pronosticaba una niña con casi completa seguridad. Mireille y yo nos habíamos puesto de acuerdo: fuera niña o niño, se llamaría Gaëlle o Gaël.

Un día, en Katmandú, antes de partir hacia el Everest, conocemos a una sublime refugiada tibetana, encantadora y adorable. Se llama Sonam. Significa *larga vida* en tibetano. Inmediatamente, escribo a Mireille para sugerirle ponerle a nuestra hija el nombre de esta maravillosa criatura. Ella también cae bajo el encanto de Sonam: Gaëlle queda descartado, ¡nuestro bebé será bautizado antes incluso de nacer!

De aquella expedición, traje conmigo buenos recuerdos y el nombre de mi hija, pero ninguna primera que añadir a mi palmarés. No conseguimos completar la ascensión. Demasiado duro, demasiado frío; insuficiente dinero y, por lo tanto, insuficientes porteadores, comida y medios logísticos. No importa. Fue una bonita expedición. Finalmente, la primera corrió a cargo de unos polacos, varios meses después de nuestro fracaso.

Sonam nació en Sallanches el 11 de enero de 1983. Dicha y felicidad nunca decepcionadas desde entonces. Jamás

encontraré las palabras para decir hasta qué punto quiero a mis hijos. Sé que lo saben y que el lazo que nos une tiene tanto valor para ellos como para mí.

Creo que Cathy, nuestra primogénita, podría haber sido una gran alpinista. Heredó mi resistencia física y mi vena de loco, pero también la flexibilidad y la audacia de su madre, a la que la montaña nunca consiguió asustar. Ya desde muy pequeña Cathy escalaba con un instinto animal y con agilidad. En 1986, la llevé al campamento base del Annapurna, a 4.500 metros de altitud. Apenas tenía nueve años, pero se aclimató perfectamente y se adaptó a la vida en el campamento. Una verdadera alegría para los sherpas y el resto de miembros de la expedición, quienes se deleitaron con la presencia ligera y jovial de una niña tan pequeña. Incluso subimos juntos al campo I, a 5.800 metros. Caracoleó a mi lado, tan sólo ralentizada por la falta de oxígeno. Aquella noche, que guardo en mi memoria como un tesoro, nos encontramos solos en el campamento base. Todos los padres deberían pasar alguna vez momentos a solas con cada uno de sus hijos en lugares que se salgan de lo común. Al día siguiente, Cathy empezó a sentir dolores de cabeza causados por la altitud. Me apresuré a bajarla cargada a mi espalda antes de que enfermara.

Tres años más tarde, llevé a Cathy a la cima del Mont Blanc por la travesía de los tres montes (el Tacul, 4.248 metros, el Maudit, 4.465 metros, y el propio Mont Blanc, 4.807 metros) con un grupo de jóvenes estudiantes de la UCPA. Sus veinte años de edad no fueron suficientes, ¡mi pequeña superdotada corría delante de ellos sin siquiera dar la sensación de esforzarse! Pero finalmente, la vida de Cathy tomó otro camino. No eligió la montaña y confieso que me alivia saberla fuera de esos peligros. Muy joven, decidió ser madre de familia y convertirme en abuelo satisfecho. ¡Excelente idea!

En cuanto a Sonam, ni siquiera he tenido que temer que se planteara seguir mis pasos algún día: la espanta el vacío. ¡La montaña no es lo suyo en absoluto! Su primera experiencia extrema fue una refrigerante y repentina salida en Vaudagne, una tarde de invierno. Debía de tener dos años. Mireille la había dejado sola en el chalet mientras le pedía algún ingrediente a la vecina. ¡Cuál sería su sorpresa cuando, al volver, la encontró totalmente desnuda sobre la nieve del jardín! ¡Nadie supo jamás lo que pasó por su cabeza ni cómo consiguió meterse tan rápido en una situación tan incómoda! Ignoro si fue aquel refrescante episodio lo que la vacunó, el caso es que nunca se sintió a gusto en altitud. ¡Aunque eso no le impedía hacer prueba de un valor impresionante para vencer su miedo!

Recuerdo una vía ferrata (una vía de escalada equipada con elementos de hierro –barrotes, escaleras, asas– en los tramos difíciles) que habíamos planeado realizar con Sonam, Alan y Alain, un amigo y cliente a quien la polio había dejado las piernas bailonas. Cuando llegamos a la base de la pared y mi hija comprendió el significado concreto de *vía ferrata*, se puso a llorar.

—No llores, amor mío. No estás obligada a subir allí arriba. Si quieres, recogemos todo y volvemos a casa.

—No, no. Si dices que Alain puede hacerlo y que yo soy capaz, lo conseguiré.

Vi a mi mujercita cargar con su miedo y superar aquella vía ferrata como otros parten al ataque del Himalaya. Cada uno con su Everest...

Cuando cumplió trece años, llevé a Sonam a Nepal, donde yo estaba rodando una película con el cineasta Gilles Perret. Subimos al Mera Peak, un pequeño pico de 5.800 metros ubicado a los pies del Everest. Sonam las pasó canutas, pero consiguió llegar arriba, orgullosa y maravillada al descubrir de lo que era capaz. No querría hablar en su lugar, pero creo que también se deleitó con la acogida que le fue reserva-

da en el valle de los sherpas: allí, cuando una se llama Sonam Batard, es tratada como una princesa...

El caso es que, cuando regresamos, quiso disfrutar de un pequeño Mont Blanc, en compañía de Maxime, un crío de su edad a quien había prometido llevar allí arriba. A cincuenta metros de la cumbre, se trataba de ver quién de los dos estaba más agotado:

—Papá, lo dejamos aquí. No importa la cima, estoy demasiado cansada...

—Yo también, Marc, estoy cansado. De hecho, ya no siento las piernas. Jamás tendré fuerzas para seguir subiendo y menos aún para volver a bajar.

¡No es un viejo guía como yo la persona más adecuada ante la que simular agotamiento! Sé muy bien que una de las primeras señales preocupantes es, precisamente, un silencio abatido... Sus quejas no me convencieron.

—¿Ah, sí? ¿Estáis agotados? ¡Qué pena, tan cerca del objetivo! Sólo quedan cinco minutos de subida y después la pendiente se suaviza. Bueno, entonces diremos que el primero que llegue arriba gana.

El agotamiento es muy relativo cuando se tienen trece años. ¡Mis dos *agotados* salieron pitando como cabritos para ganar la medalla! Llegamos arriba los tres a la vez, sin aliento, pero encantados.

Las conquistas montaÑeras de Sonam se detuvieron ahí. Comprendí muy bien que su única motivación siempre había sido seguirme o no dejarse distanciar por su hermano y su hermana. Era conmovedor, magnífico, pero insuficiente para lanzarse hacia las cumbres. Sonam tiene otras cualidades maravillosas, pero la montaña no es lo suyo...

Sin embargo, hay en el macizo del Mont Blanc una vía que lleva su nombre, en los contrafuertes de la Aguja de Roc. Es una vía fácil y muy frecuentada que abrí un verano con cursillistas de la UCPA. Semanas antes, habíamos subido en fami-

lia al refugio de Envers, entonces regentado por la inolvidable Babette, profesora de economía en la Universidad de Estrasburgo durante el invierno y ¡la guardesa preferida de todos los escaladores alpinos en verano! Babette había caído bajo el encanto de Sonam, de dos años y medio, a quien llevaba a mi espalda. Cuando hubo que encontrar un nombre para la vía que acabábamos de abrir, insistió en llamarla *Sonam*, en honor a mi pequeña belleza y a todos los alpinistas enamorados del Tíbet.

Varios años más tarde, tuve una gran conversación con mi hijo, de diez años de edad.

—Papá, ya que existe una vía *Sonam*, ¿por qué no abres una vía *Alan*?

—Ya te he contado la historia, Alan. Fue Babette quien eligió el nombre de la vía...

—Sí, pero la abriste tú. ¿Por qué no abres una para mí?

—Escucha, esto es lo que vamos a hacer. En aquel entonces, Sonam era un bebé. Pero tú ya eres lo bastante mayor como para venir a la montaña conmigo. Vamos a abrir una vía juntos y le pondremos tu nombre.

Descubrí en los ojos de mi hijo una mezcla de orgullo y ansiedad. Siempre había sido una persona con encanto, un poco vacilón. La idea de tener una ruta con su nombre debía de halagar su orgullo. Pero Alan también era extremadamente prudente. A los pies de una pared no equipada tiene miedo, hasta el punto de renunciar...

Lo entrené y enseguida descubrí sus maravillosas aptitudes deportivas, su flexibilidad, su energía. En escaladas técnicas (en muros o paredes equipadas en los que cada pitón está sólidamente fijado), demuestra un gran virtuosismo. Pero en terreno de aventura (cuando hay que buscar su camino, colocar los pitones, asumir riesgos), se muestra incómodo, inquieto, miedoso. Le falta esa dosis de locura que empuja al

reto. En el fondo, creo que esos retos le dan exactamente igual. Reconozco que me siento feliz y aliviado por ello. Practica el esquí, la escalada e incluso, ahora que es un hombre y se gana la vida, los trabajos denominados verticales. Fui a verle trabajar en la Torre Eiffel, colgado de una cuerda. Se desenvuelve de maravilla cuando el riesgo está bajo control. Mejor así. He visto a muchos críos de sus edad jugar con la muerte. Yo el primero...

Pero esto no me ha hecho olvidar el sueño de Alan de tener una vía con su nombre. Un verano que regresé al Envers des Aiguilles con Damien y Vincent, dos muy jóvenes clientes, abrimos y equipamos completamente un bonito pilar de 500 metros de altura, en la punta de los Natillons, no muy lejos de la vía *Sonam*. La llamamos *Le désir d'Alan*.

Si bien mi vida de padre me llenaba desde el primer día, mi vida de marido era, por su parte, mucho más caótica. Encontraba en mi relación con Mireille la violencia que unía a mis padres. Nunca le puse la mano encima (aunque confieso que en ocasiones me han dado ganas de hacerlo), pero gritábamos como mis padres lo habían hecho antes que nosotros y me doy cuenta ahora de que mis palabras eran sin duda al menos tan duras como los golpes. No sabíamos controlar nuestras cóleras ni sintonizar el uno con el otro. Ya desde el inicio de nuestra unión, nuestros caracteres chocaron. En ocasiones, esto hacía que me comportara con maldad.

Recuerdo un día –estábamos recién casados– en que me fui a escalar con un cliente la difícilísima pared del Marteau, en el macizo de los Fiz, cerca de Chamonix. Es una pared de 250 metros de altura que culmina con un desplome de más de treinta metros; una vía muy técnica que el guía Michel Bérueux acababa de abrir y que nadie había repetido y menos aún intentado con un cliente. Michel me había asegurado que era cosa de un día, dado que había equipado la línea en su totalidad. Finalmente, mi cliente no siguió tan bien como esperaba

y tuvimos que pasar la noche en un vivac improvisado, colgados sobre el vacío con nuestros estribos. Una situación incómoda, pero ¡no tanto como para sentir pánico! El caso es que Mireille, que me esperaba abajo, estaba preocupadísima. Al día siguiente, cuando por fin llegamos a la base de la pared, tuve la sorpresa de verla llegar con André, un vecino a quien había ido a buscar loca de angustia. Yo estaba rabioso, herido en mi orgullo de guía. No percibí en absoluto su angustia, sólo vi la humillación que me infligía, en presencia de testigos y sin confiar en mí. Me mostré odioso, arrogante y violento. Absolutamente machista y sin ninguna consideración para con ella.

Me ocurrió en repetidas ocasiones, demasiadas, y no sólo porque me negaba a tener en cuenta su preocupación cuando me iba a la montaña. Sobre ese punto concreto, mi posición era firme y definitiva: ya era guía cuando me conoció y se casó conmigo. De hecho, se sentía orgullosa de ello. Porque la esposa de un guía debe saber a qué atenerse y adaptarse tratando de no perturbar con sus angustias los proyectos de su marido. Ya lo sé, suena crudo, pero es así.

Nuestro matrimonio pagó caro estas diferencias. Cada contrariedad me hacía escudarme en mi orgullo herido y contraatacar en un tono cruel y despreciativo. Evidentemente, cuanto más ladraba, menos nos comunicábamos. Nos hundimos en esta relación inestable que no lograba satisfacernos ni al uno ni al otro y que cada vez me recordaba más la relación que mi padre había mantenido con mi madre durante interminables años. No conseguíamos encontrar un equilibrio, ni tampoco construir una vida íntima armoniosa. Con el correr de los años, y a pesar de nuestros hijos, estábamos navegando a la deriva.

En medio de este marasmo, algo me atormentaba sin que supiera qué hacer. Imágenes, fantasías con hombres, que acabé confesando a Mireille.

—Es normal. A mí me parece que todos los hombres tienen ese tipo de fantasías. Lo que no quiere decir que sea un deseo real...

La creí, sin duda porque me convenía.

Mi vida profesional, que llevaba de manera más bien desordenada, también daba tumbos. Nunca supe administrar ni el dinero ni las relaciones de poder, ineludibles, sin embargo, cuando se trata de relaciones comerciales. La mayor parte del tiempo, mi profesión me ponía en contacto con gente más bien acomodada (en cualquier caso, ¡bastante más que yo!) —ejecutivos, profesionales liberales— encantadores y educados. Pero en cuanto se cambia de clase social y se trata de acompañar a gente extremadamente rica, cambian las formas y éstas pueden revelarse a veces muy altivas. Llegué a sentirme tratado como un vulgar producto de lujo del que disfrutaban durante un fin de semana o unas vacaciones; un criado más a su servicio. Nunca supe dejarles imponerse.

Recuerdo especialmente a un rico banquero, bastante buen escalador, que pensaba haberme comprado para escalar quince días a su antojo. Empezamos bien en la cara oeste de las Petites Jorasses antes de que el tiempo se tornase execrable. Le propuse largarnos a los Dolomitas, en Italia; recorrimos seiscientos kilómetros para encontrarnos con la misma llovizna brumosa que todo lo moja. Imposible escalar... Lo intentamos a pesar de todo: recordaba una vía desplomada en las Tres Cimas de Lavaredo que habría tenido que protegernos de la lluvia. Iniciamos su ascensión en medio de unas condiciones climáticas desastrosas y, a pesar del desplome, llegamos al refugio totalmente empapados.

—Bueno, no vamos a quedarnos aquí hasta que nos salga barba de esperar, ¿eh? Cuando el cielo no quiere, no se puede hacer gran cosa...

Regreso a Chamonix (¡seiscientos kilómetros en sentido inverso!). Cuando llegamos, mi cliente emite una idea luminosa:

—Seguiremos hasta mi propiedad en Pirineos. Allí podremos escalar...

—¿Por qué no? Una buena noche de descanso y mañana por la mañana analizamos la situación.

—Ah, no, ¿por qué esperar? Vayamos directamente.

—De eso nada. Nos hemos metido en el cuerpo la ascensión de las Petites Jorasses, las Tres Cimas bajo la lluvia y más de mil kilómetros de carretera. Creo que urge dormir antes de tomar cualquier decisión. Además me permitirá abrazar a mis hijos. Ven a mi casa, te alojaré.

—Gracias, pero prefiero el hotel.

Me dejé en Vaudagne refunfuñando, antes de irse a dormir a un hotel de lujo en Chamonix. O al menos eso creo: ninguna noticia suya a la mañana siguiente. Ni tampoco por la tarde ni otro día después. El señor había seguido su idea sin duda —a *esa gente* no se le lleva la contraria, se la obedece— y continuado hasta su castillo de Pirineos. Llevándose todo mi material de escalada, que se había quedado en el maletero de su coche, y sin molestarse en avisarme del cambio de programa. Había organizado mi horario para él reservándole los siguientes diez días; ni siquiera juzgó necesario informarme de que me devolvía mi libertad. Finalmente recibí mi material, acompañado de un cheque que parecía una propina y que no tenía nada que ver con lo que habíamos convenido, sin una nota suya. Estaba loco de rabia.

Fueron necesarias algunas peripecias, algunas presiones apropiadas y varios meses para que recuperase lo que se me debía. Y aún así: fue a Mireille a quien envió el cheque, dándoselas de gran príncipe, como si le estuviera haciendo un regalo.

¡Pero también he tenido clientes formidables! No puedo repasar ese periodo de mi vida sin un guiño amistoso a Paul Vuillard, gran cirujano lionés con quien recorrí las rutas más locas durante varios años.

Conocí a Paul en tristes circunstancias: enterrábamos a su guía, Bernard Macho, sepultado en pleno invierno en la rimaya de la cara norte de las Droites. Tras la ceremonia, nos reunimos toda una banda en el restaurante para comer algo y hablar de Bernard, a quien había conocido durante mi primera expedición al Gasherbrum II. Paul no dijo gran cosa, parecía muy afectado. Para un alpinista, perder a su guía es mucho más que perder a un amigo, supone tomar conciencia de que la vida es frágil y peligrosa y que no basta con encordarla para que no se te escape.

Paul se puso en contacto conmigo varios días más tarde y empezamos a escalar juntos. Curioso tándem, en realidad. Era una persona de carácter fuerte, brillante, autoritaria, tan agraciada por la vida que no admitía que nadie ni nada se le pudiera resistir. Y claro, yo, testarudo como una mula y con la ira a flor de piel, tuve que imponerme, al menos durante nuestras escaladas. Recuerdo una bronca memorable, en mitad de una pared de la Aguja del Midi. Preparábamos una primera en los Fiz, pero antes de lanzarnos quería repetir con él algunas maniobras de cuerda bastante técnicas que dominaba muy mal. En realidad, él odiaba esa clase de ejercicios, que son sin embargo indispensables en una pared como la de los Fiz.

—Me irritas con tus maniobras. Sabes muy bien que lo detesto...

—Lo sé, Paul. Pero si quieres que consigamos una bonita primera, es absolutamente necesario que perfecciones eso. ¡Es vital!

—Vital, dices. ¿Quién te crees que eres para imponerme semejantes cosas? ¿Crees que voy a dejar que un mierda como tú me toque las pelotas? Yo tengo dinero. Puedo pagarme a Seigneur o Desmaison, si quiero...

—Como quieras, Paul. Puedes pagarte a quien quieras, pero yo no subo contigo a los Fiz mientras no sepas realizar esa maniobra.

Me molestaba y enfurecía mortalmente que se atreviese a tratarme de aquella manera. Creí de verdad que había sonado la última hora de nuestra amistad... ¡Finalmente se disculpó! El señor y profesor Paul Vuillard (perdona que me burle un poco, Paul, pero ¡ya sabes que te quiero!), que nunca lo había hecho, cedió ante el *mierda* que yo era. Menos mal, ¡porque pudimos seguir disfrutando juntos de fantásticas escapadas!

Empezando por aquella famosa primera en la pared central de los Fiz. ¡Un verdadero rompecabezas! Antes de atacar la vía de nuestros sueños –200 metros de una bonita y tentadora pared virgen–, debíamos encontrar el modo de acceder a ella. Tardamos tres días de verdadero infierno en localizar y equipar un tramo practicable desde la base de la pared hasta la tan ansiada vía. Tres días de angustia, de trabajo agotador y minucioso, sorteando obstáculo tras obstáculo, roca tras roca hasta alcanzar por fin la vira que debía servirnos como punto de partida para abrir la ruta. Cada noche, bajábamos al chalet cansados y desmoralizados, con la impresión de no haber avanzado casi nada.

Y entonces, por fin, un último desplome que superar, ¡y la bella se nos ofrecía! Yo iba delante, para equipar el tramo. Pero Paul no quiso continuar en ningún momento: en su cabeza, él ya había abandonado. Ya podía gritar, echar pestes, argumentar, no había nada que hacer, estaba totalmente desanimado y era incapaz de escalar un metro más... Acabé rindiéndome a la evidencia cuando me dijo:

—Marc, si no me bajas, pido socorro a gritos.

Gritó tan fuerte que unos turistas que merendaban en una pradera más abajo creyeron que estábamos en dificultad. ¡Realmente llamaron a los equipos de rescate! Estábamos rapeando cuando llegó el helicóptero. Éste dio media vuelta después de comprobar que todo iba bien.

El episodio acabó con las últimas veleidades de Paul respecto de la pared de los Fiz. *Nuestra* primera la abrí yo, pero sin él. ¡Nunca volvió a poner los pies allí!

Esto no nos privó de otros grandes momentos, coronados por el éxito. A pesar de su miedo al vacío, Paul depositaba en mí una confianza absoluta, la misma confianza que incita al enfermo a no dudar en ponerse en las manos expertas de su cirujano. Y fue con él con quien conseguí, y no es poco, una directísima en la cara norte de la Meije y una primera invernal en la cara norte del Pain de Sucre. Paul fue mi primer *gran* cliente. Abandonó la montaña por falta de medios, tras dejar su brillante carrera de cirujano para realizar otros proyectos. Desde entonces, nuestra amistad se ha ido enfriando, aunque sigue siendo inolvidable...

Hoy en día, sé que no estoy hecho para el mundo del trabajo tradicional. Pero durante aquellos años, tenía las inquietudes de un padre de familia: tres niños que alimentar, criar, educar... Debía demostrar una cierta *ambición comercial* que supuestamente debía ponernos al abrigo de la necesidad. Con la firme intención de inclinar todas las posibilidades de éxito de mi lado, me apunté a un curso de inglés, lengua universal y a menudo imprescindible en altitud, que constituye el único modo de ser un poco más autónomo en Nepal, adonde viajaba cada vez con más frecuencia para acompañar a mis clientes.

Este curso de formación ofrecía, además, una ventaja nada desdeñable: duraba cuatro semanas y tenía lugar en Royan. Necesitaba poner decenas de días y cientos de kilómetros entre Mireille y yo. Estábamos en plena crisis, incapaces de hablar de ello, en un callejón sin salida que parecía asfixiarme irremediablemente.

No recuerdo cómo me vino la idea de recorrer los anuncios por palabras, ni lo que me hizo decidirme a dar el paso. Fue en el *Nouvel Observateur*: un hombre de mi edad que buscaba un hombre de su edad. En realidad, respondí a cinco o seis anuncios del mismo tipo. Sólo se manifestó uno; llamé-

mosle Jean-Christophe, ingeniero en el sur de Francia (él sólo podrá reconocerse y es suficiente). Acabado el curso, un colega de clase que regresaba a Niza en coche me dejó en casa de Jean-Christophe.

Fuimos a cenar a un restaurante. Hablamos de nuestras vidas y de nuestros deseos. Tengo el recuerdo de un intercambio indeciso, atropellado, descosido, surrealista. Expuse mi situación de hombre casado y padre de familia en busca de una primera experiencia; él también habló un poco de su vida. Soltero y sin hijos, era un hombre brillante e infeliz, incapaz –en aquel momento; ignoro cuál es su situación actual– de asumir su homosexualidad en su vida profesional y familiar. Como otros muchos, se escondía, aunque sin llevar los falsos pretextos hasta el punto de mantener una relación amorosa con una mujer. Pero se sentía irremediabilmente condenado a la clandestinidad. Y por tanto, casi fatalmente a la soledad, interrumpida por algunos encuentros intermitentes.

Era encantador, conmovedor e interesante, pero no me gustaba. Aún así, a la hora de acostarse, me reuní con él en su habitación. Estaba allí para eso.

Pasamos la noche juntos. Descubrí que podía hacer el amor con un hombre que ni siquiera me atraía físicamente.

Debería haber sido una señal suficientemente clara, una puerta abierta hacia otras preguntas, unas palabras por fin asignadas a unas sensaciones. Podría haber sido un encuentro conmigo mismo. Pero no. Salí de casa de Jean-Christophe, cogí el tren y volví a mi casa.

Por la noche, le dije a Mireille:

—Ya está. Me he acostado con un tío.

A continuación hablamos de otras cosas, y la tapa se cerró, durante años.

Ahora que lo sé, creo que no estaba preparado, que era incapaz de comprender la naturaleza de mi búsqueda. Podría

haber conocido a otro hombre, más realizado, más asumido. Sin duda, habría acelerado mi proceso mental haciéndome las preguntas adecuadas, mostrándome hasta qué punto mi situación era ambigua y poco favorable para mi realización como persona. Jean-Christophe era incapaz de desempeñar ese papel porque él mismo estaba encerrado en plena ambigüedad.

También podría haberme enamorado. Desear volver a verlo, seguir pensando en él, crear lazos. Eso no ocurrió; no era la persona adecuada.

Casualidad, coincidencia o protección inconsciente contra un excesivo desbarajuste, había elegido a un hombre que no podía ayudarme a averiguar quién era. Como mucho, proporcionó a mi cuerpo una información capital con la que no supe qué hacer. Entonces, retomé el hilo de mi vida, como si aquella escala no hubiera existido nunca.

En 1986, Mireille y yo organizamos el *viaje de la última oportunidad*. Viajaba cada vez con más frecuencia a Nepal para acompañar a mis clientes. Soñaba con llevar allí a mis hijos. Era un periodo en el que florecían en las librerías relatos de vueltas al mundo en familia en barco, en bicicleta... En ellos aparecían familias felices de vivir una vida distinta y de enseñar a su progenie el ancho mundo. Así que decidimos partir a la aventura todos juntos, en autocaravana hasta Nepal.

Para no llegar cual conquistadores, y devolver a este país una pequeña parte de los beneficios que me aportaba, cargamos nuestro bus con ropa y medicinas recolectadas en favor de los niños nepalíes. Y entonces, un día de septiembre, nos fuimos. Italia, Yugoslavia, Bulgaria, Turquía, Irán, Pakistán, India y finalmente, después de muchas peripecias y algunas averías memorables, Katmandú, donde fuimos acogidos y alojados durante tres meses por una familia sherpa.

Fue durante ese viaje cuando Cathy, que entonces tenía nueve años, pasó unos días conmigo en el campamento base

del Annapurna, donde mostró una capacidad de aclimatación fuera de lo común. Y, ya entonces, ¡una gran independencia! Yo había dejado Katmandú un par de semanas antes con unos clientes y Louis Audoubert debía acompañar a Cathy hasta el campamento. Cumplió con los varios días de marcha de aproximación sin protestar, aunque con gran impaciencia. La víspera de nuestro reencuentro, Louis le explica que ya casi han llegado y que la estoy esperando justo detrás del gran campo de bambú que cruzarán a la mañana siguiente. Pero cuando se despierta, Cathy no está. Louis, loco de preocupación, constata que se ha ido durante la noche.

Por mi lado, estaba tan contento de volver a ver a mi pequeña que decidí ir en su búsqueda. Me encontré a mi Cathy caminando a paso firme, canturreando en medio del bosque de bambúes. Totalmente inconsciente del peligro que corría –varios occidentales han sido atacados en este bosque, y los precipicios son vertiginosos–, ¡había decidido tomar ventaja y partir sola para darme una sorpresa! Mi amigo Louis se llevó un susto tremendo.

Fue en el transcurso de ese mismo viaje cuando conocí, de manera bastante rocambolesca, a mi amiga Jacqueline, una increíble jubilada suiza desbordante de energía. Sin embargo, el día que la conocí, parecía sobre todo una pobrecita en mal estado. Sus fuerzas vitales decaían a simple vista y nadie habría podido intuir la mujer viva y simpática que era. Y es que Jacqueline se estaba muriendo de un edema pulmonar, consecuencia imparable del mal de montaña.

Secundado por un sherpa llamado Putachar, acompañaba a un grupo de *trekkers* al Kala Pattar (5.500 metros) y al Island Peak (6.200 metros), dos picos fáciles de la región del Everest. Fue en un pequeño albergue –un *lodge*– donde encontré a Jacqueline casi inconsciente. La velaba Kantchi-Lamo, una joven y encantadora sherpani, aterrorizada, a quien el guía de la expedición de Jacqueline había confiado la tarea

de bajar a la enferma hasta el hospital de Pheriche. Pero el hospital estaba cerrado y Kantchi-Lamo no disponía de ningún medio para socorrer a la enferma, que por lo tanto se veía condenada a muerte por la desenvoltura de unseudoguía inconsecuente. El hospital más cercano se encontraba en Namche Bazar, a tres días de marcha normal por un camino de montaña helado. Había caído la noche, pero esperar a que amaneciera hubiera sido fatal para Jacqueline. Así que decidí bajar a pesar de todo, acompañado por la joven sherpani y Putachar. Nos turnamos él y yo para cargar con Jacqueline a la espalda. Armada con una linterna, Kantchi-Lamo abría huella.

Jacqueline no pesaba mucho –unos sesenta kilos–, pero el camino era escarpado y resbaladizo. Necesitamos siete horas de marcha forzada para alcanzar Namche Bazar. Como suele ocurrir en casos de mal de montaña, a medida que íbamos perdiendo altura, la enferma parecía volver a la vida.

Jacqueline fue salvada y desde entonces se ha mostrado eternamente agradecida conmigo. A pesar de su insistencia, me negué a que me pagara por este rescate que a mí me parecía ser lo más natural; tan sólo procuré que el sherpa Putachar y Kantchi-Lamo fueran compensados por sus servicios. Sin embargo, Jacqueline me lo devolvió al céntuplo: nos convertimos en los mejores amigos del mundo e incluso más que eso. En 1990, pude financiar una parte de mi intento de vivac en la cumbre del Everest gracias a su mecenazgo. Y, en 1992, su ayuda me permitió abrir la vía de *La colombe et l'enfant* en la cara norte de las Grandes Jorasses. Gracias a su indefectible apoyo, también pude superar algunos de los momentos difíciles que me esperaban a la vuelta de nuestra aventura nepalesa. Jacqueline siempre ha estado ahí, simpática y entusiasta, juerquista y bebedora, generosa, atenta... Murió en enero de 1999, por haberse dado en exceso a la fiesta durante demasiados años. La echo de menos.

Jacqueline permanece como uno de los recuerdos más bonitos de nuestro periplo familiar por Nepal. Pero un día hubo que regresar a Francia. Todos aquellos momentos magníficos (y otros muchos, que sólo nos pertenecen a nosotros y que guardamos como tesoros en la memoria familiar) no borrarán el lado oscuro de este viaje. Espero que nuestros hijos no nos guarden rencor por haber trastornado sus alegrías con algunos episodios de pesadilla. Mireille y yo sabíamos que esta aventura sería la ocasión de decidir si nuestro matrimonio había llegado a su fin: o sí o no. La respuesta fue clamorosa y violenta, como era nuestra costumbre: no había manera de remendar la situación.

Veía cómo nos hundíamos en la misma trampa en la que habían caído mis padres. Un hombre irascible, constantemente encolerizado frente a una mujer que sufre. Había visto a mi madre deteriorarse año tras año a consecuencia de los cambios de humor de mi padre y caer irremediabilmente en la desesperación y el alcoholismo. No quería un destino así para Mireille. Decidimos divorciarnos para protegernos de esa catástrofe.

Ahora, años más tarde, y a pesar del terrible sufrimiento que generó nuestra separación, creo que tuvimos razón al tomar aquella decisión. Además de unos padres y abuelos satisfechos, Mireille y yo nos hemos hecho amigos por fin. Pero a qué precio...